

Comenzaron el laborioso descenso; iban conversando y bromeando, de cuando en cuando se escuchaba alguna palabrota si alguien resbalaba o perdía el equilibrio y tenía que sujetarse ligero del primer plantón de hierba a su alcance. Poco a poco iban llegando a los labios del monte. Se aproximaban sin precaución.

Desde sus posiciones, los rebeldes emboscados escuchaban el avance de los primeros soldados; sintieron sus conversaciones y sus gritos. Experimentaron la extraña y mixta sensación de saber que se acercaba un enemigo todavía invisible, al que los ojos aún no habían dado una tranquilizadora dimensión humana. Los primeros en divisar al enemigo fueron los combatientes apostados sobre la margen derecha. De inmediato hicieron la señal que esperaban impacientes los del otro lado y los dos hombres que estaban en el arroyo. Paco me contó después que en ese momento todos se tensaron con las armas preparadas. Era una sensación conocida para todos nosotros, la de los últimos instantes antes del comienzo del combate.

Según el relato que escuché a los combatientes de esta emboscada, el primer soldado que apareció en el campo visual limitado de los dos rebeldes en el arroyo, era un hombre negro, corpulento. Llevaba su fusil, un Garand, colgado del hombro. Se detuvo un instante. Buscó la continuación del trillo del otro lado del arroyo. Entró en el agua y dio unos pasos en dirección a la piedra tras la cual estaba agazapado Paco Cabrera González. Detrás de él aparecieron otros cuatro o cinco guardias. También entró el haitiano.

De repente, el soldado que venía delante se detuvo, repentinamente petrificado. Por detrás de la piedra había surgido una figura barbuda, con un sombrero tejano y un fusil en la mano. Los ojos del soldado se abrieron desmesurados, y tan solo atinó a proferir un grito. El combatiente rebelde disparó apenas a 10 metros de distancia.

En un segundo la cañada retumbó con el fuego rebelde. Paco Cabrera Pupo comenzó a disparar con su Beretta. Un instante después, el combatiente encargado de la mina juntó las puntas de los cables y estalló el artefacto explosivo en el recodo del camino, adonde habían llegado también otros miembros de la vanguardia enemiga. Los que habían alcanzado el agua se pegaron aterrados a la orilla izquierda de la poza, donde la piedra formaba una pequeña faralla. Del camino, otros se tiraron al arroyo. Casi ninguno hizo ademán de defenderse. El haitiano, al sentir el primer disparo, saltó sobre las piedras y, rápido como una flecha, pasó por detrás de Paco Cabrera González. Este, ocupado en disparar y en cargar apresuradamente dos o tres tiros cada vez en el depósito de su Springfield, con el que disparaba, lo miró aprensivo: "¡No mata! ¡No mata!", gritó sin parar el haitiano. Allí mismo quedó, a la espalda del combatiente rebelde, sumergido en el agua hasta la nariz y gritando espantado, durante el combate.

En los primeros minutos, el fuego enemigo fue desorganizado. Todos disparaban, los que estaban en el camino detrás del recodo de la mina, los que venían más atrás, incluso, los que permanecían todavía en el alto. Pero disparaban desconcertados, a todas partes y a ninguna. En el alto un morterista emplazó su arma y lanzó dos o tres proyectiles sin rumbo.

Transcurrieron unos 20 minutos de combate. El jefe de la compañía logró dar las órdenes necesarias, y envió sus otros dos pelotones a flanquear por ambos lados la emboscada rebelde.

Con mucho trabajo y gran despliegue de fusilería, el pelotón que avanzaba por la falda derecha alcanzó la misma línea de las posiciones rebeldes, loma arriba. Paco Cabrera Pupo se dio cuenta de la maniobra y ordenó la retirada. El primer combate había dado el resultado que se deseaba. Al enemigo se le contaron no menos de 12 bajas en la vanguardia. Los combatientes rebeldes se replegaron ilesos, a pesar del intenso fuego enemigo y de la proximidad con que se desarrolló el combate. La acción había durado poco más de media hora. El fuego se calmó momentáneamente, mientras los guardias se reagrupaban y recogían a sus heridos y muertos. Eran alrededor de las 7:45 de la mañana.

En Santo Domingo y El Naranjo, los vecinos comenzaron a abandonar precipitadamente sus casas cuando sintieron el inicio del combate.

Escondieron en el monte sus pocos muebles, su ropa, todo lo que no podían llevarse. Dejaron sus casas vacías. Mientras el padre y los hijos mayores se ocupaban de esta faena, la madre ensartaba su rosario de niños pequeños, y con el recién nacido en los brazos, iniciaba el ascenso hacia el firme de El Naranjo, o hacia Gamboa, o río arriba a Pueblo Nuevo, hacia donde pudiera encontrar refugio para ella y su familia. Las casas de La Manteca también quedaron solas, pero de aquí no hubo tiempo de llevarse nada.

Unos cuantos cientos de metros más abajo, Paco Cabrera Pupo preparó una segunda emboscada, similar a la primera, de acuerdo con las instrucciones recibidas. Arriba, en el alto, Sánchez Mosquera ordenó continuar el avance por el arroyo y por las dos faldas laterales. No quería correr el riesgo de caer en una segunda trampa y seguir perdiendo hombres, lo cual dañaba su prestigio de hábil táctico antiguerrillero. Al mismo tiempo ordenó avanzar en zafarrancho de combate, peinando sin cesar el monte con un continuo fuego de registro en el que intervenían, no solo la fusilería, sino también, las bazucas y los morteros.

Sánchez Mosquera había decidido, además, hacer a los campesinos pagar cruelmente el apoyo que él presumía había brindado a los combatientes guerrilleros. Las casas de La Manteca por las que pasó su tropa, enardecida por el revés sufrido y por la marihuana y por los demás estimulantes que llevaban en sus mochilas casi todos los soldados del Batallón 11, fueron reducidas a cenizas. Así, entre otras, las pobres viviendas de Plácido Vaillant, de Lucrecia Santana, de Eduardo e Ismael Tamayo, ardieron junto con lo que estas familias poseían en el mundo. La tropa cargó a su paso con los animales que encontraba —gallinas, patos, guanajos, lechones—, se llevó el café, el cacao, el arroz, las viandas, todo lo que servía de botín. En media hora las familias de La Manteca quedaron arruinadas.

Después del enfrentamiento, Paco Cabrera Pupo me envió un mensaje urgente. Yo había escuchado el combate que se venía desarrollando desde poco después de las 7:00 de la mañana, mientras bajaba por la falda del firme de El Naranjo con la escuadra de Geonel. Solicité al Che el envío urgente de los últimos siete hombres de reserva de los que se podía disponer en Minas de Frío. Otro mensajero rebelde había salido en busca de Lalo Sardiñas con la orden de que también se trasladara de inmediato a la zona.

Los guardias poco después avanzaban desplegados. Paco Cabrera Pupo comprendió que nada podía hacer por contenerlos con la docena de hombres con que contaba. En consecuencia, ordenó la retirada. Los combatientes bajaron hasta la casa de Lucas Castillo, cruzaron el río Yara hacia su margen izquierda y ocuparon posición en el estribo terminal del firme de Gamboa, frente a la casa de Lucas. A su derecha les quedaba el arroyo de El Naranjo y un poco más atrás, abajo, la armería de Crespo y las otras casas de El Naranjo. Desde esa posición pensaban resistir cualquier intento de avance ulterior del enemigo hacia el firme de la Maestra, si así lo pretendieran después de ocupar Santo Domingo.

A las 10:20 de la mañana los primeros soldados terminaron el descenso del arroyo y salieron al río Yara. Comenzaron a explorar los alrededores de la casa de Lucas Castillo, en la margen derecha, y a hacer preparativos de campamento. Al parecer, no tenían intenciones de seguir avanzando, aunque mantuvieron un fuego indiscriminado con todo tipo de armas. Desde el estribo de Gamboa, al otro lado del río, los observaban los hombres que esa misma mañana les habían hecho pagar con un alto precio de sangre su intento de penetración en el corazón del territorio rebelde.

La escuadra de Geonel se unió al grupo de Paco Cabrera Pupo cuando ya los combatientes estaban llegando en su retirada a El Naranjo. En la Comandancia solo quedaba un fusil, el mío, y gran número de minas, los cables y los fulminantes pertinentes, que podían, incluso, hacerse estallar simultáneamente, con los cuales me acercaba a la zona de Lucas Castillo, si los guardias superaban con rapidez la resistencia de Paco Cabrera Pupo. Pensaba crear rápidamente un campo de minas que podían activarse al unísono. Tuve que regresar con todas ellas antes de alcanzar el punto.

Poco después de su llegada a la casa abandonada de Lucas Castillo, que de inmediato ocupó como puesto de mando, Sánchez Mosquera ordenó la salida de dos pelotones río abajo, con la misión de sacar a los heridos del combate. Desde su punto de observación, los combatientes rebeldes contaron siete camillas. Es una pena no haber dispuesto en aquel momento de suficientes hombres para haber cubierto también esa previsible ruta enemiga de refuerzo o evacuación, pues un segundo golpe ese mismo día —y este podía haber sido más efectivo— hubiese sido sumamente desmoralizador para el prepotente Sánchez Mosquera.

Los muertos fueron recogidos y sepultados al fondo de la casa de Lucas. Con este grupo el jefe del batallón dio inicio a un cementerio particular a donde fue enterrando todos los muertos de su tropa durante los 40 días que permanecería en Santo Domingo, muchos de los cuales ni siquiera reportó a sus mandos superiores. Al final, los rebeldes descubrieron cerca de 100 tumbas, en algunas de las cuales habría más de una persona enterrada. Este cementerio acogió también los cadáveres de las víctimas campesinas de la crueldad de este sanguinario jefe enemigo, entre ellas, el propio Lucas Castillo y varios miembros de su familia, quienes fueron asesinados alevosamente pocos días después.

La tropa que despachó el jefe del Batallón 11 con los siete heridos, bajó sin tropiezo por todo el río, y esa noche acampó en Casa de Piedra. Duque había observado el movimiento desde el firme de Gamboa cuando se dirigía al mediodía a ocupar posiciones por la zona de Leoncito, lugar inmediatamente contiguo a Santo Domingo, aguas abajo del río. Viró para tratar de interceptarla en caso de que la misión de esta tropa fuera subir por el arroyo de El Cristo hacia El Toro o Gamboa y la Maestra. En ese momento, las fuerzas de Duque sumaban un total de nueve hombres.

Al día siguiente, esta fuerza enemiga pasó por Providencia y siguió la marcha sin tropiezos hasta Estrada Palma, donde entregó los heridos. La ubicación posterior de este pelotón correspondería al terreno de la conjetura. No ha sido posible determinar si quedó separado del resto del batallón y no participó, por tanto, en la primera Batalla de Santo Domingo, o si, por el contrario, volvió a su base de operaciones. En este segundo caso, ¿regresó por el río o entró por El Cacao desde Providencia? Si lo hizo por el río, ¿por qué no fue interceptada? Son interrogantes que, más de 30 años después, corresponde aún aclarar a los historiadores.

Todo parece indicar que el camino del río no fue cubierto por tropas rebeldes hasta el 29 de junio. Las dos fuerzas principales que operaban en la zona fueron ubicadas por mí en los principales firmes de acceso a la Maestra: la de Duque en el estribo de Gamboa frente a Santo Domingo, y la de Suñol en El Toro. No estaban, pues, en posición de cerrar la vía del propio río, que al parecer quedó expedita para los movimientos de los guardias durante los días inmediatamente posteriores a la entrada del Batallón 11 en Santo Domingo.

En cumplimiento de mis instrucciones, Suñol se retiró de sus posiciones en Providencia después de la entrada de Mosquera en aquel punto. Entre los papeles hay un documento del 20 de junio, esto es, al día siguiente del Combate de La Manteca, en el que le informé al Che que "Suñol se retiró perfectamente bien, sin perder absolutamente nada. Está cuidando ya la entrada de la Maestra [es decir, del firme] por el Cristo y El Toro".

El mantenimiento de la posición avanzada en Providencia ya no tenía sentido después de la ocupación tanto de Santo Domingo como de las Vegas de Jibacoa. Por cualquiera de las dos direcciones el enemigo podría salir a la retaguardia de las posiciones rebeldes en Providencia. Durante las semanas subsiguientes, esta zona quedaría patrullada únicamente por el grupo de escopeteros al mando de Urbano Garcés, hijo del colaborador campesino Polo Garcés, y conocido por el sobrenombre de Viejo. Esta escuadra tendría la misión de vigilar los movimientos enemigos y, en la medida de sus posibilidades, hostigarlos.